

Erase de un almacén de muebles usados o si se quiere, muebles remendados. Consta de varios departamentos, pródigos en sus dimensiones y de líneas arquitectónicas en desuso actualmente. Su antigüedad corría parejas con el mobiliario que se cobijaba entre sus paredes y aquel mobiliario, disperso, sin orientación, componía una contemplación infinita de unos muebles que ante unas dosis de algún producto de ebanistería pretendían todavía erguir la cabeza como en sus mejores tiempos.

Cada uno de ellos mostraba, en sitio bien visible, una etiqueta, con unos números escritos, legibles a distancia. Era su precio, y de esta forma ya no era necesario el diálogo para mercadear sobre su decadente existencia. Quizá era el mayor respeto que podía otorgarse a cada uno de aquellos muebles, que querían manifestar vanamente un fingido rejuvenecimiento y preterir, a la vez, la evocación familiar de sus tiempos lejanos.

Toda aquella disimulada vejez o invalidez era valorada, no solamente por su estado de conservación, sino también por los actuales conceptos que del mobiliario pueda tenerse. Por esta última razón había en aquel almacén muebles con suerte o con desgracia.

A estos últimos pertenecía una mesa redonda, que allá en su rincón del departamento escondía sus líneas anticuadas y parecía como avergonzada del precio con el cual se pretendía ofrecerla al mejor postor. Postergada, condenada a un ostracismo de familia, la mesa redonda era como el último vestigio de una dinastía venida a menos. En el mueblaje perteneciente al comedor, su lugar fué acupado, un día, por la mesa cuadrada, de plazas limitadas.

Ya no era necesaria su redondez, símbolo de infinito, en el seno de la familia, puesto que ésta iba reduciéndose de acuerdo con el desarrollo de los tiempos, más o menos difíciles.

Y la mesa redonda, que siempre acogió uno o más en su alrededor, ya fuera de la

casa o forastero; que fué la base de las familias alegres y numerosas, levantándose a su alrededor un apostolado de verdadera correspondencia humana, se encuentra ahora reclusa en la semioscuridad de un rincón, de un almacén de muebles remendados, en espera del mejor postor.

Hace unos meses, en los periódicos tuvimos ocasión de poder ver la configuración de una magna asamblea o conferencia de una gran familia. La más numerosa del orbe. Se llamaba la Conferencia de la Paz. A todos sus componentes se les veía cómodamente sentados, no alrededor, sino a cada lado de una mesa formando un perfecto y holgado cuadrado. No debían de conocerse demasiado los unos a los otros, puesto que cada uno de los asistentes ostentaba, en el lugar donde se sentaba, un letrero con el nombre de la familia representada por él. Al mismo tiempo, el hablo de cada uno no debía resultar lo suficiente inteligible, quizá dada la distancia que los separaba, puesto que usaban altavoces. Y cuando

se levantaban a hablar, el espacio de que disponían todos, según se desprendía de la contemplación del grabado de los periódicos, era más que suficiente para que pudieran hacerlo holgadamente, sin engorros ni molestias, hasta con cierta soltura o elegancia.

Con todo, los periódicos nos informaron que aquella conferencia no cuajó Fracasó.

¿Y si pensáramos en la tabla redonda como pensaban en ella aquellos caballeros alrededor de la cual se acogían para jurar fidelidad a su cruzada? La mesa redonda del almacén de muebles usados está aguardando en espera del mejor postor.

Ella, la que un día fuera la base de la familia cristiana, se sentiría inmensamente feliz, inmensamente rehabilitada, si volviera a ser el medio por el cual la gran familia de la tierra volviera a reencontrarse, a unirse de nuevo a su alrededor. Sin excepción de nadie. Todos allí, apretujados, sin necesidad de cartelitos, porque no habría extraños. Sin necesidad de altavoces también, porque al estar prietos, al no haber distancias el diá-

Los Peces de Cuba

«Acuario», la revista que se publica en La Habana y editada por James Crurchill Hopgood, ha propuesto a las autoridades cubanas la emisión de una serie de sellos mostrando los peces de sus aguas, el Sr. Hopgood dice, además, que la idea ha sido aprobada. Uno de los sellos mostrará la efigie del Dr. Felipe Poey y Aloy, célebre ictiólogo, cuya muerte tuvo lugar hace cien años.

En honor de un Grabador de sellos

El pasado 16 de junio se cumplió el centenario de la muerte de Jean-Jacques Barre, grabador general de la Zecca francesa, a cuyo hábil buril se deben los primeros sellos de Francia emitidos en 1894. Recordando esta efeméride ha sido lanzada la idea de emitir un sello conmemorativo en su honor. La propuesta avalada por la prensa filatélica, ha sido tomada en consideración por las autoridades postales de allende el Pirineo.

Hotel "LES NOIES"

Fábrica de GASEOSAS y SIFONES
CERVERA Cerveza DAMM

Transportes J. VIDAL
Carga y Encargos para BARCELONA

logo sería perfectamente perceptible.

Y cuando no se levanta la voz, es cuando mejor nos comprendemos.

Oh! y sin necesidad de levantarse al hablar, porque la mesa redonda, familiar por antonomasia, no precisa de estos cumplidos. Con la lealtad le basta.

¿Por qué no probamos, pues?

Lorens

Carrerilla Semanal

ARTE ABSTRACTO

*Un pintor de brocha gorda
los pinceles enjuagó
en una tela de esparto,
y esta tela se perdió.*

*Luego en casa de un trapero,
hubo quien se la encontró
quedando maravillado
de aquel portentoso cuadro
que aquel artista «afamado»
sin saberlo se perdió.*

MORALEJA

*Echa pintura a montones
encima de cualquier trapo
y tendrás un cuadro abstracto
admirado largo rato*

*

INMUEBLES GUIXOLENSES. S. A.

Se convoca Junta General Extraordinaria de Sres. Accionistas para el día 11 de Noviembre próximo a las diecinueve horas «o en defecto de número suficiente para el día siguiente a la misma hora» y en el local social, para elegir los miembros que han de completar el Consejo de Administración. San Feliu de Guixols 19 de Octubre de 1955, El Consejo de Administración.